

Prólogo

Pablo Blanco es, en medio de su juventud académica, un experto en la teología de Joseph Ratzinger. Desde su tesis doctoral no ha dejado de prestar una constante atención a la obra del ilustre teólogo y a los rasgos de su magisterio petrino. Así lo explica el propio autor en la introducción a este libro, que recoge y agrupa los temas relacionados con la naturaleza de la teología, el Concilio Vaticano II y la teología de la misión de Benedicto XVI.

La obra ratzingeriana, desde el primer texto que leí –*Die christliche Brüderlichkeit*: una joya de cien páginas–, ha gravitado intensamente en mi visión de la Iglesia y de la teología. Conocí personalmente al Prof. Ratzinger en un congreso de teología sobre el Concilio Vaticano II en Roma, en 1966, y desde entonces comenzó una amigable relación profesional. Me impresionaba –y me impresiona– la belleza y la fuerza con que testifica modernidad y tradición, que luego, ya en el solio pontificio, llamaría –a propósito del concilio– «hermenéutica de la reforma en la continuidad».

Pero entiendo que debo referirme en estas líneas, sobre todo, al recuerdo imborrable que en nuestra universidad tenemos del que después sería Benedicto XVI. El sábado 31 de enero de 1998, en solemne sesión académica presidida por el Gran Canciller, el cardinal Ratzinger fue investido doctor en teología *honoris causa* por mi

universidad, incorporándose así a su claustro de doctores¹. Hace ya quince años. A la sesión académica asistieron cardenales y obispos y la «flor y nata» de la teología en España. El desfile académico era subrayado por la espléndida Aula de Música, dirigida entonces por el profesor José Luis Ochoa de Olza, que interpretaba obras de Henry Purcell y Johann Sebastian Bach. El cardenal Ratzinger comentó –me dijeron– que la verdad requería aquella belleza y solemnidad...

Me correspondió a mí, por ser entonces decano de la facultad que lo propuso para el doctorado, el honor de apadrinar al nuevo doctor y hacer su *laudatio* ante el claustro académico. Copio el pasaje final, en el que intentaba sintetizar sus muchos méritos académicos:

«El eminentísimo cardenal Joseph Ratzinger, tanto en su época de profesor universitario como después durante sus tareas como pastor y prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, ha colaborado generosamente con nuestra facultad, ha publicado en nuestras revistas y ha llamado una vez y otra a colaborar en sus tareas a profesores de nuestro claustro. Su personalidad y su significado en la Iglesia, en la sociedad civil y en el campo de la teología, son de tal envergadura que, al solicitar para él el doctorado *honoris causa* en teología, la facultad que represento sabe muy bien que este Doctorado es, en primer lugar, un honor para nuestro claustro de doctores».

La respuesta del cardenal tuvo gran impacto. Este era su tema: «¿Qué es propiamente la teología?»². Ese discurso pasó a ser desde

1. En la misma sesión fueron investidos otros dos doctores: el Prof. Breimer, de la Universidad de Nimega, y el Prof. Simon, de la Universidad de Maryland. Vid. *Discursos pronunciados en la investidura del grado de Doctor "honris causa". Prof. Douwe D. Breimer (Farmacia), Emmo. y Revmo. Sr. Card. Joseph Ratzinger (Teología), Prof. Julian L. Simon (Economía)*, Universidad de Navarra, 31 de enero de 1998, 44 pgs.

2. La intervención del cardenal Ratzinger fue después recogida en *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 29-37.

entonces una pieza citada y publicada una vez y otra. Es realmente un texto clave para captar la comprensión de la teología que tenía el nuevo doctor. Debo detenerme aquí con palabras que querrían ser sintéticas.

Distinguía en su exposición –el que sería siete años después sucesor de Pedro– entre teología como tal y una mera ciencia de la religión. La ciencia sobre Dios, sobre la persona y el mundo vistos desde Dios, es una ciencia crítica y creyente al mismo tiempo. La teología ha de basarse tanto en la fe como en la razón. Debe ser *fides quaerens intellectum*, como decía san Agustín, auténtica fe pensada. Por eso –añadía más adelante el futuro doctor *honoris causa*–, cuando partimos de la fe en el trabajo teológico, «debemos esforzarnos en comprenderla y no dejar que se diluya». De ahí que a la teología le anteceda una *auctoritas*, esto es, algo superior que nos precede y sostiene. «El camino de la teología se encuentra bien expresado en la fórmula *credo ut intelligam*: acepto un presupuesto previamente dado para encontrar, desde él y en él, el acceso a la verdadera vida, a la verdadera *comprensión* de mí mismo». Se trataba por tanto de ir a las premisas de todo saber teológico.

La teología ha de partir de la Escritura, como recuerda el mismo Concilio Vaticano II (cf. DV 24), a la vez que la Palabra inspirada por Dios ha de ser leída en toda su amplitud y profundidad. No basta con una interpretación única y parcial. Se requiere –sugirió el cardenal– un proceso hermenéutico en el que actúe la inestimable ayuda del Espíritu. «Y así –concluía–, el análisis de la estructura de la Palabra bíblica ha puesto de manifiesto la penetración entre Biblia e Iglesia, entre el pueblo de Dios y la palabra de Dios». Tras referirse a la doctrina luterana de la *perspicuitas* de la *sola Scriptura*, expresaba la necesidad del contexto hermenéutico que requiere todo proceso de comprensión. «La Escritura, la Palabra que nos ha sido dada como presupuesto, la que está en el centro de los esfuerzos de la teología, no está aislada –por su propia

naturaleza— ni es tan solo un libro. Su sujeto humano, el pueblo de Dios, está vivo y se mantiene idéntico consigo mismo a través de los tiempos».

Era una constante en su discurso: destacar los vínculos existentes entre Biblia e Iglesia, que hacen que sea una lectura auténtica de la palabra de Dios. Junto con la formación del canon bíblico, la comunidad creyente guiada por el Espíritu fue elaborando una confesión de la fe, que a su vez se recita —se confiesa— dentro de la liturgia y de la vida sacramental de la Iglesia. Esto conecta de modo lógico y natural (o más bien sobrenatural) con la sucesión apostólica y la continuidad en la transmisión de la fe. Pero, ¡atención!, «el magisterio de los sucesores de los Apóstoles no yuxtapone una segunda autoridad a la Escritura», nos recordaba el nuevo doctor. Ese magisterio pertenece a la Escritura *desde dentro* de ella misma: «Esta *viva vox* no está llamada a reducir la autoridad de la Escritura, a limitarla o incluso a sustituirla por otra. Antes al contrario: su misión consiste en asegurar la indisponibilidad de la Escritura, garantizar su no-manipulación, conservar intacta —en medio de la disputa entre distintas opiniones— su propia *perspicuitas*». Esta lectura viva, eclesial y dinámica de la palabra de Dios es la que lleva a captar el núcleo mismo de la revelación que Dios ha hecho a su Pueblo.

El claustro universitario escuchaba con interés esta lección de hermenéutica bíblica, que hacía comprender cómo el buen hacer teológico brota de la lectura de la Biblia *in sinu Ecclesiae*. La conclusión estaba al caer. Tras citar la correspondencia de 1928 entre Harnack y Peterson, en la que este último se acercaba «peligrosamente» a la doctrina católica de la complementariedad entre Escritura, tradición y magisterio, conjeturaba el profesor Ratzinger que la guía del Espíritu podría resultar más sencilla y probable en la Iglesia que entre los solos exegetas y especialistas en estudios bíblicos. «La estructura de la Palabra es suficientemente unívoca, pero la exigencia que implica para los llamados a la responsabilidad de suceder a los

Apóstoles es de hecho muy ardua. Es misión del magisterio –una recomendación a obispos y pastores– no oponerse al pensamiento, sino dar voz a la autoridad de la Respuesta que nos ha sido dada, y así dejar sitio para la Verdad misma que viene hacia nosotros».

En el discurso final, el Gran Canciller, monseñor Javier Echevarría, se refería a la armonía entre las ciencias, a la interdisciplinariedad propia de la institución universitaria, al trabajo hecho por amor, y concluía con unas apreciaciones sobre el servicio a la verdad. Citaba a san Josemaría Escrivá (1902-1975), fundador y primer Gran Canciller de aquella *alma mater*: «... la verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquel que es Luz por esencia». La búsqueda de la verdad –del *logos*, diría el teólogo Ratzinger– nos ha de llevar al *Logos* que existía «en el principio» (cf. Jn 1, 1), nos ha de conducir a Dios y a Jesucristo, el Verbo de Dios hecho hombre por amor. Y recordaba de igual modo allí a san Pablo en su recomendación a los corintios: «... ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co 10, 31). Terminaba el Gran Canciller con una invocación al Espíritu Santo, tan necesaria en el quehacer universitario. «Suplico –para todos los que trabajamos en esta Universidad– el don de sabiduría, que abre la inteligencia al sentido más profundo de la realidad».

La sintonía resultaba evidente. Vinieron después los sucesivos encuentros con los profesores y con el *consilium* de la Facultad de Teología, con los estudiantes y residentes en colegios mayores, con profesores e investigadores de distintas facultades, con médicos de la Clínica de la Universidad y con los medios de comunicación. Incluso tuvo lugar una presentación del libro de sus memorias³. Fueron días intensos y plenamente universitarios, en los que se veía y palpaba esa vocación de la teología de estar en íntima unión con el

3. *Mi vida. Recuerdos (1927-1997)*, Encuentro, Madrid 1997.

mundo; días inolvidables, en los que el profesor Ratzinger no dejó en ningún momento de ejercer su distinguido y sencillo magisterio lleno de atenta escucha a lo que los demás pudiéramos decir. Decía el Prof. Enrique Banús –que mostró entonces su maestría de traductor–, refiriéndose a esos días de estancia entre nosotros: «... me he dado cuenta de que, en aquellos cuatro días, habló muy poco de sí mismo»⁴.

Así que otros han tenido que hacerlo por él. Es el caso del Prof. Pablo Blanco, que se incorporó a la misma universidad poco después del doctorado *honoris causa* de Ratzinger. Blanco, bajo la atenta guía de mi colega y amigo el Prof. José Morales, realizó su tesis doctoral sobre la teología fundamental y de las religiones en la obra de nuestro ilustre teólogo alemán. Después se ha ocupado de estudiar e investigar sobre otros aspectos de su pensamiento teológico. Ha realizado así un amplio recorrido por los puntos más importantes de sus ideas, por los conceptos fundamentales de su teología. En estas páginas, nos viene a ofrecer sus ideas sobre la teología, el concilio y la evangelización. Espero que los lectores disfruten leyendo estas páginas que nos adentran en la obra y el pensamiento de Joseph Ratzinger.

Pedro Rodríguez
De la Real Academia de Doctores de España
Pamplona, 31 de enero de 2013

4. El cardenal Ratzinger estuvo entre nosotros del 29 de enero al 2 de febrero de 1998. Una detenida memoria de aquel evento universitario, que incluye todos los textos, se encuentra en el libro que la Facultad de Teología editó en aquella ocasión, *El cardenal Ratzinger en la Universidad de Navarra. Discursos, coloquios y encuentros*, pro manuscrito, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, Pamplona 1998, 134 pgs.